

1874

CAYO

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL

DE

FR. MANUEL SANCHO

RELIGIOSO MERCEDARIO

Diligite inimicos vestros. (MATTH, 5, 44.)

Amad á vuestros enemigos.

(CON LICENCIA DEL ORDINARIO Y DE LA ORDEN)

BARCELONA

Establecimiento tipográfico LA HORMIGA DE ORO

Calle Nueva de San Francisco, núm. 17

1901

5

CAYO

CAYO

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL

DE

FR. MANUEL SANCHO

RELIGIOSO MERCEDARIO

Diligite inimicos vestros. (MATTH, 5, 44.)
Amad á vuestros enemigos.

(CON LICENCIA DEL ORDINARIO Y DE LA ORDEN)

BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «LA HORMIGA DE ORO»

Calle Nueva de San Francisco, núm. 17

1901

0143

DE LOS ASESINOS DE LA REVOLUCION DE 1911

DE LA REVOLUCION DE 1911

11

0143 110 110 110

0143 110 110 110

Es PROPIEDAD

 AL RDMO.

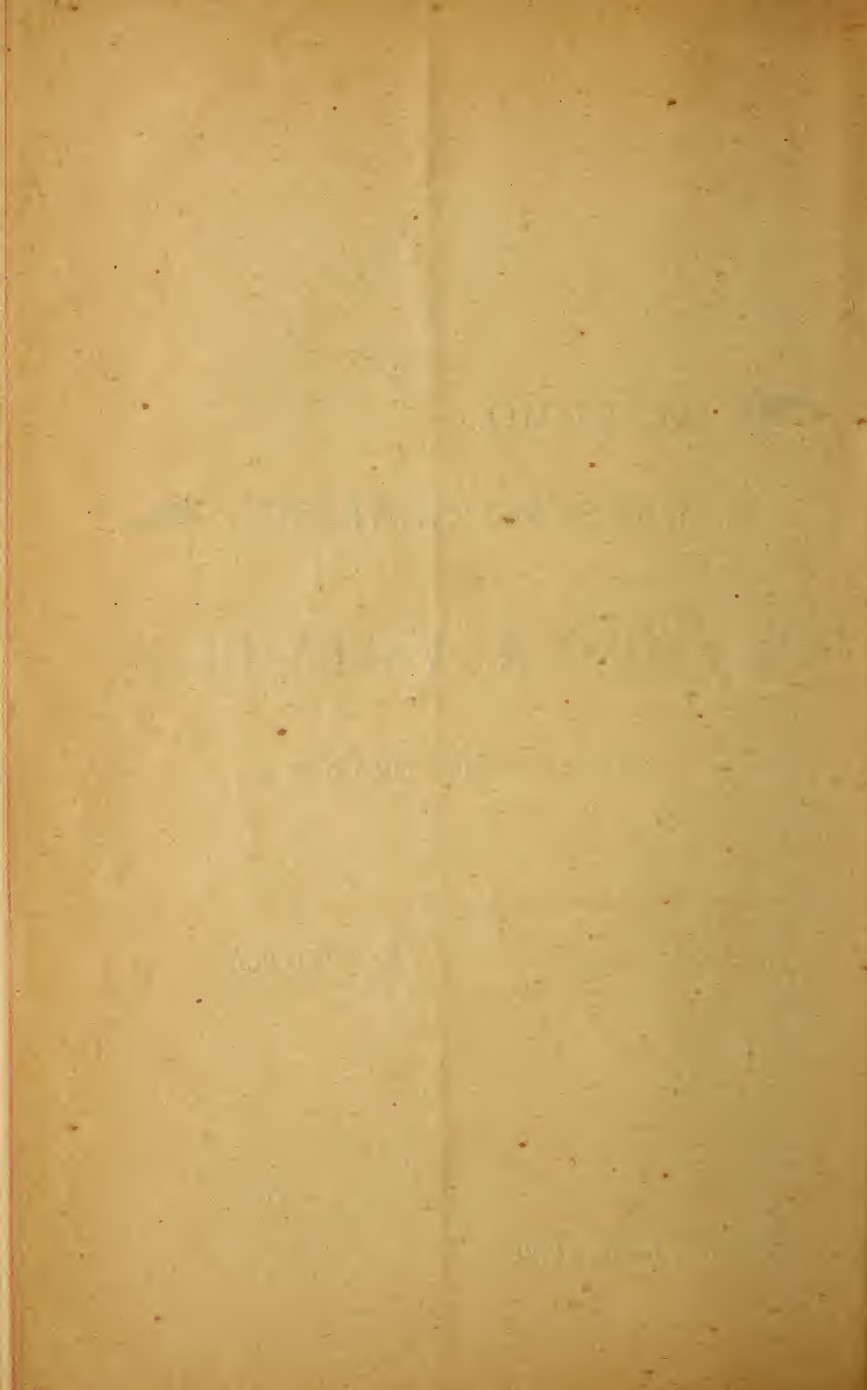
P. MAESTRO GENERAL 

FR. PEDRO A. VALENZUELA

DEDICA ESTE DRAMA

EL AUTOR.

Lérida, 3 Junio, 1900.



PERSONAS

Cayo

Antonio

Tiberio

Momo (Bufón)

Elio

Paulo

Levio

Valerio

Un Centurión y

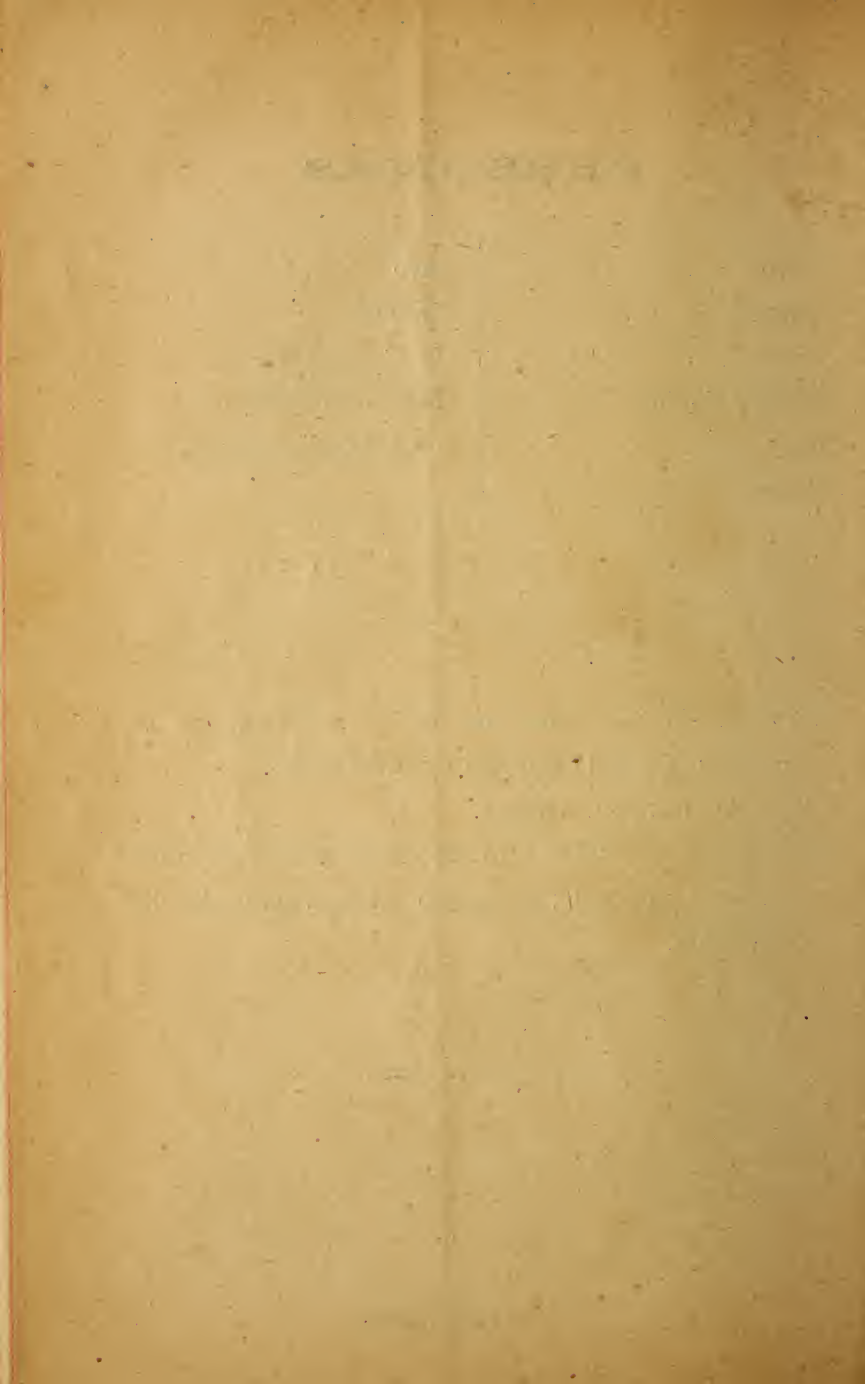
Cuatro soldados

Ciudadanos, soldados, etc.

ÉPOCA.—Por los años 303 de J. C., al comenzar la persecución de Diocleciano y Maximiano.

Lugar de la acción.—Roma.

Tiempo de la acción.—Un día; el primero y segundo actos en una tarde; el tercero en la mañana del día siguiente.





ACTO PRIMERO

LA CALUMNIA

Jardín de la casa de Antonio, con fuentes, estatuas, asientos rústicos, etc.

Izquierda: casa con puerta practicable; fondo: columnata ó pasillo con intercolumnios practicables y festoneados de enredadera, yedra, jazmín, madreselva, etc.

Al levantarse el telón aparecen, saliendo de la casa de Antonio, los personajes de la escena.

ESCENA PRIMERA

ANTONIO, CAYO, TIBERIO, MOMO, ELIO, VARIOS ROMANOS

ELIO Opíparo fué el banquete,
 amigo Antonio.

ROM. 1.º ¡Por Baco!
 ¡Qué deliciosos manjares!

TIB. ¡Qué variedad!

ROM. 2.º No hay romano
 que te iguale en obsequiar
 á los amigos.

MOM. Mi amo
 en lo espléndido es Apolo
 que á nadie niega sus rayos,
 ni él su mesa.

- TIB. Dices bien.
ANT. Exagerais demasiado.
MOM. Señor mío, como el vino
se ha subido al piso cuarto, (Se toca la frente.)
si exageramos un poco,
culpad á él que está tan alto;
pues cuando el vinillo sube
suele ser exagerado.
- TIB. Tenía un gusto exquisito.
ROM. I.º Exquisito.
MOM. Lleno de años
estaba el pobre ancianito.
¡Pero qué aroma tan grato!
En los hombres acontece
que, á medida que los años
mueren, el vigor desmaya;
mas, con el vino, al contrario:
cuánto más viejo más fuerte.
Yo lo tengo por milagro.
Amo mío, tú que sabes (A Antonio)
el *quid* de cosas y casos
con sus colas y adyacentes,
dínos el por qué vinático
de esta vinática duda.
- ANT. Cosas de bufón. A Baco
pregúntaselo.
- MOM. ¿Y esto
ninguno puede aclararlo?
Ni Cayo, el serio filósofo?
- TIB. Que lo desenrede Cayo.
MOM. Saca á relucir tu ingenio. (A Cayo.)
¡Ah!... se me había olvidado
que eres mudo cuando se habla
de Venus ó del dios Baco.
- ANT. ¡Momo, á raya ten la lengua,
que si abusas, te la arranco!
Sé bufón sin ofender.
- CAYO Déjalo, Antonio.
MOM. Mi amo,
dispénsame; tú ya sabes
que soy alegre de cascós,
y tengo el desván vacío. (Se golpea la frente.)
- TIB. Será preciso llenarlo

despejando dudas.

MOM.

¡Calla!

Tengo otra dudita al canto
que me retoza aquí dentro,
y ha de salir, si no estallo.

¡Y qué estallido, señores! (Hace acción de estallar

TIB.

Dí, Momo.

por el vientre.)

MOM.

¿No es caso raro

ver á Cayo tan modesto,
tan puro y morigerado,
cuando en Roma todo es vicio?
¿Quieres que haya un hombre casto?
¿Quién se libra de Cupido?
¿Quién es capaz?

CAYO

(Ap.) Los cristianos.

MOM.

A duras penas se logra
conservar el fuego sacro
de Vesta.

CAYO

(Ap.) ¡Qué corrupción!

¡Ay del imperio romano!

MOM.

¿No habiendo vestales vírgenes,
quieres vírgenes vestales?

ANT.

¡Por los dioses del Olimpo!

Vas á lograr, si me enfado,
que te haga dar mil azotes.

MOM.

(Ap.) ¡Chitón! Se ha emberrenchinado.

CAYO

Déjalo, es bufón.

TIB.

(Con risa maliciosa.) Mas dice
verdades llanas.

MOM.

Soy llano,
excepto el doble paréntesis
del final del espinazo.
Con su frase intercalar...

TODOS

¡Ja!... ¡ja!...

MOM.

(Ap.) Los voy alegrando.

ANT.

Amigos, tras la comida
suelo pasear un rato,
y si gustais...

VARIOS

¡Oh sí, sí!

TIB.

Yo prefiero estar sentado.

ELIO

Yo también.

ANT.

Como querais.

MOM.

Yo me echo bajo de un árbol,

porque este vino me abruma.

¡Ay, si pesa!... (Sale.)

ANT.

¿Vamos, Cayo?

(Salen formando grupos de dos ó tres, y Cayo marcha con Antonio.)

ESCENA II

TIBERIO, ELIO.

(Se sientan en un barco.)

TIB. ¡Los dos juntos! ¡siempre juntos!

ELIO ¿Quiénes?

TIB. ¿Aún no has observado

la especial predilección
que Antonio profesa á Cayo?

ELIO Harto lo veo, Tiberio.

TIB. Míralos, van separados
de los demás. ¡Siempre á solas!

¡Oh, Cayo, enemigo infausto,
que mi perdición causaste!

Tú te apoderas del ánimo
de Antonio, tú me lo robas...

¡Cayo maldito! ¿Hasta cuándo
labrarás mi desventura?

Enemigo malhadado.

Tú triunfas, tú me desprecias
porque me ves en el fango

de mi humilde condición...

Yo que fuí... Mas ¡ay! pasaron
aquellos tiempos...

ELIO

Tiberio.

¿Qué tienes?... Háblame. ¿Acaso
te injurió Cayo? Descúbreme

tu pecho, porque encerrado
el pesar es insufrible,

y si yo puedo aliviárla...

TIB.

Gracias, Elió. Es una historia

larga, y há muchos años
que pasó.

ELIO

No importa, dí,
que te oiré con agrado.

TIB. Escucha, pues, mi infortunio.

El invicto Diocleciano
tenía en estrecho cerco
á Alejandría. Era Cayo
Centurión, y yo también,
y los dos pertenecíamos
á una cohorte invencible
de esforzados legionarios.

Ansiaba yo distinguirme
para subir otro grado;
deseaba ser tribuno,
pero lo deseé en vano.

Abiertas ya grandes brechas
en los muros, Diocleciano,
después de exhortar las tropas,
ordenó dar el asalto.

Como flecha despedida
de la cuerda, nos lanzamos
á los muros; yo el primero
llego, pero los sitiados
cargan sobre mi centuria
y retrocedo agobiado
por los muchos enemigos,
retroceden mis soldados.

Mas Cayo, el primer peligro
viéndolo por mí afrontado,
arrolla con su centuria
la chusma de los contrarios,
ya casi por mí vencidos,
y á vista de Diocleciano
escala el primero el muro.

Siguen las tropas; tomamos
á Alejandría, y ¡oh rabia!

Mientras que yo fuí expulsado
como cobarde, á él lo elevan
al noble y honroso cargo
de tribuno, y con mural
corona le coronaron.

El triunfante, yo vencido;

él rico, yo despreciado...
¡Némesis, dame tus iras!
¡Si pudiera destrozarlo
con mis uñas! ¡Si pudiera
un puñal ver sepultado
en sus entrañas, y allí
revolverlo con mis manos!...
¡Oh, venganza!

ELIO

Cálmate.

Sosiega.

TIB.

¿Sosiego? En vano
me lo pides. Pide á un tigre
á quien han arrebatado
sus cachorros, que no ruja,
dile que esté sosegado;
mas á mí no me lo pidas,
que lo pedirás en vano.

ELIO

¿Meditaste la venganza?

TIB.

Sí, hartó la he meditado;
ahora podría vengarme,
ahora que ya ha estallado
la persecución cristiana.

ELIO

¿Qué dices? ¿Acaso Cayo
es cristiano?

TIB.

Sí.

ELIO

¿Y cómo

lo sabes?

TIB.

Yo fuí cristiano
y entonces le conocí.
Mas después desengañado,
(Ap.) digo mal, no me engañé,
(Alto) me aparté de los cristianos,
me alejé por pundonor.

ELIO

(Ap.) Los placeres me alejaron.

Cuando lo de Alejandría,

¿todavía eras cristiano?

TIB.

No, ya no lo era.

ELIO

Tal vez

por eso te jugó Cayo
aquella infame partida.

TIB.

Sin duda.

ELIO

Ahora está en tu mano
la venganza. ¿No te vengas?

TIB. Cuando mueren los cristianos
por su religión, no lloran;
sonríen, están ansiando
morir, y esta dulce muerte
no la quiero para Cayo.
Quiero que sufra al morir,
que muera desesperado.
Quiero arrancarle del alma
aquello que le es más caro
que la vida; pero ¡ay triste!
No sé si podré lograrlo.

ESCENA III

Dichos y Momo

MOM. Mi amo está hoy insufrible;
no me ha dejado dormir.
ELIO ¿Qué tiene?
MOM. Es genio terrible;
no hay quien lo pueda sufrir.
Tiene azogue, calentura,
bilis que le ha trastornado;
todo ello por la hermosura
de una esclava que ha comprado.
El la quiere engatusar.
Mas ella, fuerte que fuerte,
no se deja domeñar.
Aunque le dieran la muerte
no cedería jamás.
Hasta yo me he atrevido
a decirla flores; mas
contestó con un bufido.
Nunca doblará el testuz;
que ella es cristiana sospecho.
TIB. ¿Por qué?
MOM. Porque hace la cruz
á escondidas en el pecho.

¿Han visto la bachillera?
Lástima que sea esclava,
pues si un denario tuviera
al punto la delataba.

ELIO. ¿Cómo? ¿Acaso gratifican
al que delata á un cristiano?

MOM. Sí. La fama lo publica.

Tal decretó Maximiano.

ELIO. ¿Cuánto gana el delator?

MOM. Le dan cuanto el delatado
posee de algún valor.

ELIO. (Ap.) ¡Brava suerte! Afortunado
soy desde ahora. Al instante
á Cayo delataré,
antes que se me adelanten,
y sus bienes poseeré. (Se levanta en ademán de des-
(Alto) Voy á informarme. pedirse.)

TIB.

Vé.

ELIO

¿Ya

está el edicto en el fóro
de la persecución?

MOM.

¡Ca!

Estuvo con letras de oro
grabadas en pergamino.
Lo colocaron ayer
y se voló de camino.
Hoy antes de amanecer
un cristiano lo arrancó;
otros, dicen que un granuja;
otros, que se lo llevó
el viento; otros, que una bruja.
En fin, Tiberio, allá voy
á informarme por entero;
con curiosidad estoy.
Salud.

ELIO

TIB.

Salud.

MOM.

Y dinero. (Váse Elio.)

Yo me voy á visitar
á Baco, mi fiel amigo;
quiero con él conversar
á solas y sin testigo.

ESCENA IV

TIBERIO

¡Hados crueles de mi triste vida!
¿Cuándo me dejareis en dulce calma?
¿Calma yo? No, jamás, que tengo el alma
en fango de mil crímenes, sumida.
De mi fe de cristiano apostaté,
y me roe un atroz remordimiento.
¡Oh, apártate de mí, cruel pensamiento!
Gozar quiero tranquilo... ¡Apártate!
Con placeres é infamias quiero ahogar
estos recuerdos en el pecho mío.
¡Sangre, venganza, crímenes ansío!
¡Ay de tí, Cayo vil, me he de vengar!
El fué de mi esperanza cruel tirano;
él mató mi ilusión y mi ventura.
El destruyó mi dignidad futura...
¡El sabrá la venganza de un romano!
El la amistad de Antonio me ha robado...

(Mira hacia dentro.)

Mas ya vienen los dos. Con interés
parecen departir. De seguro es
el asunto importante. Con cuidado
aquí me ocultaré.

Nada pierdo en oír lo que no sé.

(Se oculta entre los árboles y escucha.)

ESCENA V

CAYO, ANTONIO

ANT. No, Cayo, no es ilusión.
 Mi pasión no es fantasía.
 Amo á mi esclava Cornelia.

CAYO Las pasiones son espinas
después que se han satisfecho.

ANT. Pero mi amor...

CAYO Fantasía,
dorada copa de néctar,
pero con heces de acíbar.

ANT. ¿Tú me dices que este amor
es una hermosa mentira?
Pues bien, si sólo es fantasma
viviré de fantasía.

¿No has visto como las nubes
cuando va espirando el día,
se tiñen de bella púrpura
y de fuego se matizan?
Pues esos vellones de oro
son una nube plumiza.
Mentira son sus colores,
¡pero qué bella mentira!
Mira esa bóveda azul,
en donde los astros brillan,
ese océano al revés, (Indica el cielo.)
cuyas ondas movedizas
soplan, y se agita el mar;
y cuando él ruge, ellas silban.
Pues bien ese hermoso cielo
es una región vacía,
su color azul, su bóveda,
su inmensidad infinita...
mentira, mentira todo.

¡Pero qué bella mentira!
Si es mi amor el cielo azul,
si es la nube purpurina,
déjame con mi ilusión,
que es hermosa, aunque mentida.
Pero no, Cayo, mi amor
no es sólo una fantasía.
Yo rendí á mi voluntad
muchas romanas altivas.
Las bellas me prodigaron
sus ternezas, sus caricias,
pero á todas las hallé
voluptuosas, egoistas;
el placer era su móvil,

y á él, no á mí, se rendían.
Pero mi esclava Cornelia,
¡ah Cayo amigo! es distinta
de las demás. Su rubor
y su modestia me admiran.
Cuando al hablarle de amor
veo que se ruboriza,
á través de aquel color
conozco su alma purísima.
Porque en la mujer honesta
este rubor significa
que se le sale á la cara
la castidad escondida.

CAYO
ANT.

(Ap.) ¿Será Cornelia cristiana?
Ella resiste á mis súplicas,
le ofrezco la libertad
y que será esposa mía;
mas ella llora y «No puedo»,
me dice. Insto, suspira,
la amenazo... «¡Pues matadme!»
me contesta decidida.
«¿Amas á otro?» le pregunto;
con rotunda negativa
me contesta. ¡Ay, si me engaña,
que entonces la mataría!...

CAYO

Sus virtudes me enamoran,
su resistencia me obliga;
que perla que tanto cuesta
debe ser perla muy rica.
Me retracto, amigo mío.
Ese amor no es fantasía,
pues no se funda en vil cieno
sino en elevadas miras.

ANT.

¿Luego lo apruebas?

CAYO

Lo apruebo.

ANT.

Pues oye.

CAYO

Dí.

ANT.

Yo querría
que me ayudaras.

CAYO

¿A qué?

ANT.

A convencerla. Mis súplicas
Son inútiles, y tú
acaso conseguirías

persuadirla.

CAYO

Yo?

ANT.

Sí, tú.

CAYO

Pero...

ANT.

Cayo, no prosigas,
concédeme este favor.

CAYO

Bueno, probaré. Tu dicha quisiera alcanzar; mas temo que no podré conseguirla.

ANT.

Tú todo lo alcanzas.

CAYO

(Sonriendo.) ¡Vaya!

Tal secreto no sabia.

ANT.

Yo ahora le hablaré; después,
tú procura persuadirla. (Váse Antonio.)

ESCENA VI

CAYO

¡Pobre Antonio! No es malo; aunque pagano,
ansía ser feliz; tras su soñada
ventura corre en vano,
y no la alcanzará hasta ser cristiano.
Esta hora deseada,
este constante afán que yo persigo,
¡oh Dios! ¿lo alcanzaré?
Si entrarlo en el rebaño fiel consigo,
cumplido mi deseo al fin veré.
Lograda esta ventura
tranquilo bajaré á la sepultura.
Y esa esclava de Antonio tan virtuosa,
¿Será tal vez de Dios el instrumento
que con su amor, palanca poderosa,
convierta á su señor? Su encogimiento,
su rubor, su constancia, de cristiana
son propias; las paganas
no son de aquesta hechura;
que no brota pureza, fuente impura.

¡Oh. sí! El amor de Antonio ayudará;
á su esclava he de hablar;
yo la convenceré,
si es cristiana á mi intento ha de ayudar,
doblaré su tesón,
y de mi amigo hará la conversión.

ESCENA VII

CAYO, VALERIO

VAL. Mi amo me envía á llamaros.

CAYO Vamos allá.

VAL. Mas quisiera
pediros... Pero ¡ay de mí!
¡que al esclavo se le niega
lo que se atreve á pedir!

CAYO Dime qué es lo que deseas.
¿Crees que soy tan cruel
que cerraré las orejas
á tus peticiones? ¡No!
Pide, que en cuanto yo pueda
te satisfaré.

VAL. Mil gracias.
Me explicaré con franqueza.
Tengo una hermana, á quien amo
como á mi propia existencia.
Es esclava, como yo,
y mi amo le profesa
un amor desesperado;
mas, no puede amarle ella,
y él está loco, frenético.

CAYO ¿Luego tu hermana es Cornelia?

VAL. ¡Ah, lo sabeis!

CAYO Continúa.

VAL. Son reales mis sospechas.

CAYO ¿Qué sospechas?

VAL. Mi señor;

que persuadais á Cornelia
os ha pèdido, sin duda.
Sí.

CAYO
VAL.

Escuché palabras sueltas
cuando hablabais; sospeché
que vuestras pláticas eran
de lo que tanto temía.
Mis dudas han sido ciertas.
¡Ah, señor mio! yo os ruego
que no obligueis á Cornelia
á un himeneo funesto.

CAYO
VAL.

¿Por qué?
¡Ay de mí! Bien quisiera
decíroslo, mas no puedo.

CAYO
VAL.

Habla.
Imposible.

CAYO
VAL.

No temas.
¿Pero vos me prometeis
guardar secreto?

CAYO

Me afrenta
tal duda.

VAL.

Oid, pues. Mi hermana
es cristiana.

CAYO
VAL.

¿Y tú?
Como ella;
cristiano también.

CAYO

Y yo.
Hermano mío, paz sea
contigo. (Se dan la paz en el rostro.)

VAL.

Y con tu alma.
¡Oh, qué bondad tan inmensa
la de Dios, que me concede
un lenitivo á mis penas
en vos! Ahora que sabemos
que una fe y la misma Iglesia
es nuestra madre, podreis
estorbar esa funesta
pasión de Antonio á mi hermana.

CAYO

¿Pero qué importa que sea
cristiana? ¿Es acaso obstáculo
para casarse?

VAL.

Si fuera
ese único inconveniente...

¿Pero ignorais que Cornelia
es virgen que consagró
su castidad, con promesa,
que ni la muerte quebranta?

CAYO

VAL.

¡Oh suerte mía funesta!

CAYO

¿De qué os lamentais?

Escucha,

Valerio. Quiero que sepas
por qué razón me lamento,
pues no son vanas mis quejas.
Tiempo hace murió por Cristo
el autor de mi existencia:
La aureola de los mártires
ciñe su augusta cabeza.
Yo era entonces casi niño;
mas la voluntad postrera
de mi padre se grabó
aquí, con profunda huella. (Indica el pecho.)
El delator de mi padre,
el padre de Antonio era;
odios viejos de familia
y sentimientos de hiena
le impulsaron á esta acción.
En el foro, la sentencia
de muerte se fulminó
contra mi padre. A las fieras
fué condenado, y en vano
pedí verlo; con fiereza
se me negó. Mas Dios quiso
que, estando junto á las termas
de Tito viera á mi padre,
por una vil soldadesca
conducido y maniatado.
Sin que nadie lo impidiera,
llego y abrazo á mi padre,
y el mártir, con entereza
me dice: «Hijo, ¿me prometes
»que cumplirás mi postrera
»voluntad?»—Lo juro, padre,
contesto, y él con voz trémula
por los sufrimientos, dice:
«Hijo, perdona de veras
»á mi delator; él es

»quien me mata, y esta ofensa,
 »tú, si quieres ser mi hijo,
 »pagarás de esta manera:
 »Procura su conversión,
 »y ésta, tu venganza sea.
 »También quiero que á su hijo
 »Antonio, tu amor se extienda.»
 —Os lo prometo, le dije.
 «Gracias, hijo», me contesta,
 y me da el último beso.
 Al otro día, en la arena
 del anfiteatro, ví
 á mi padre, por las fieras
 despedazado, y su alma
 ciñó la inmortal diadema.
 Desde entonces procuré
 cumplir mi filial promesa.
 Pero ¡ay! el padre de Antonio
 Murió de muerte violenta,
 á manos de un asesino.
 Dueño su hijo de una herencia
 muy rica y de un nombre ilustre,
 fué el joven más calavera
 de esta Roma corrompida.
 Sus amorosas empresas
 en un trance le pusieron
 peligroso, y pereciera
 en él á no llegar yo.
 En una calle desierta
 de la Suburra, ví un día
 un grupo, en ruda pelea
 mezclado, y reconocí
 que Antonio, sólo, sin fuerzas
 para resistir á tres,
 moriría. A su defensa
 me lanzo, y los asesinos
 á una fuga indigna apelan.
 Cuando pasado el peligro,
 reconoció Antonio que era
 yo, quien le había salvado,
 me dijo con lengua incierta:
 «Mi padre llevó á la muerte
 »al tuyo, y aquella ofensa

»¿tú me la pagas así?»

—«Yo pago de esta manera,»
contesto y le abro mis brazos
y mi corazón. Se estrechan
nuestros cuerpos y almas juntos,
y una amistad pura, eterna,
que no quebrará la muerte
empezó entonces. De ella
me sirvo para traerlo
á nuestra fe verdadera.

Mas ¡ay! los suaves placeres,
como doradas cadenas,
lo tienen sujeto. El es
una riquísima piedra
envuelta en viles escorias.

Yo quiero sacarlo de ellas,
y ahora la ocasión tenía
en el amor de Cornelia;
porque mueve más al hombre
sólo una lágrima tierna

de su esposa, que razones
que un soplo de viento lleva.

Con esta ocasión contaba,
y en vano conté con ella,
pues me roba mi esperanza
la castidad de Cornelia.

Dios dispuso fuera suya.

Lo quiere El... ¡Bendito sea!

VAL. Vuestra situación comprendo.

Siento vuestra amarga pena;
pero vos ya comprendéis
que es un deber de Cornelia
guardar su pureza, y temo
que sin vuestra ayuda...

CAYO Cuenta

con mi apoyo.

VAL. Dios os pague
vuestra caridad.

CAYO ¿Y piensas
que Antonio olvide á su esclava?

VAL. No.

CAYO Entonces...

VAL. Una extrema

CAYO
VAL.

resolución es precisa.
No te comprendo.

Cornelia

peligra en este lugar. (Indica la casa de Antonio.)
Débil mujer, ella tiembla
por su constancia, y Antonio
le roba el alma. Pelea
consigo misma y al cielo
incesantemente ruega.
Huye de Antonio; mas ¡ay!
el corazón se le queda,
su voluntad se resiste,
y la pasión se subleva.
Ella me lo ha declarado
llorando. ¿Qué haré por ella?
De casa de su señor
huir por siempre quisiera;
mas ¡ay triste! ¿á dónde irá
si quince días apenas
hace que aquí estamos? Nadie
nos conoce. De muy luengas
tierras de Egipto venimos.
Teníamos grandes riquezas,
mas fuimos esclavizados
en aquella dura guerra
contra el tirano Aquileo,
que pretendía ser César.
Nuestra libertad perdimos
pagando culpas ajenas.
¡Ah Cayo! por el afecto
á nuestra común Iglesia,
por el respeto á sus vírgenes,
por el amor que profesas
á la pura Virgen Madre,
sé guarda de la pureza
de mi hermana, que peligra;
sálvala, quítala de esta
ocasión. Si amas al prójimo,
muéstralo ahora en Cornelia.
Aunque es una pobre esclava,
de su libertad es dueña,
pues todos nacemos libres,
y el alma no se sujeta.

CAYO

¡Ah Valerio! tú no sabes
en que situación violenta
me has puesto. Libertaré
de este peligro á Cornelia.
Yo la alejaré de aquí,
pues me dicta la conciencia
que así lo haga. ¡Pobre Antonio!
Desesperación violenta
se apoderará de su alma...
Como vengativa fiera
herida en el corazón,
rugirá... En mí tiene puesta
su confianza... Su amor
por mí poseer espera...
¡Y yo, traidor, se lo quito!...
Valerio, ¿no consideras
que hacer traición á mi amigo
es una traición muy negra?
No es traición.

VAL.

CAYO

Mas lo parece.

Y aunque en verdad no lo sea,
cosa es tan abominable
que basta que lo parezca.
Pero... pasaré por todo...
Y... decíamos que... ¡Sosiega,
corazón mío!... ¡No grites!
Decíamos que Cornelia...
Hay que salvarla.

VAL.

CAYO

Es verdad.

Hoy mismo, antes que anochezca
estará en mi casa, y tú
la traerás.

VAL.

CAYO

¿Y las señas?

Vía Sacra, junto al arco
de Tito y á mano izquierda,
mirando al Anfiteatro,
donde el Palatino empieza. (1)
Dos palacios á los lados
y es de modesta apariencia.

(1) El lugar que aquí indicamos es poco más ó menos el que ahora ocupa Santa María Liberatrice. En la antigua Roma no estaban numeradas las casas y se conocían por señas.

VAL. Perfectamente, allí iré.
Bien marcadas son las señas.
CAYO ¿Y podreis salir?
VAL. ¡Ah sí!
Tiene confianza entera
Antonio en nosotros. Ahora
¿informareis á Cornelia
de la fuga?
CAYO Así lo haré.
VAL. Vamos, pues, que mi amo espera.

ESCENA VIII

TIBERIO

Lo escuché todo, Cayo aborrecido.
La venganza cruel que he de tomar
tú me la has sugerido:
á manos de tu amigo más querido
morirás, y un puñal te ha de matar
que blandirá una mano
engañada por mí.
Sé que esto es muy feroz, muy inhumano;
mas yo me vengo así.
Caiga después el cielo sobre mí.

ESCENA IX

TIBERIO, MOMO

MOM. O yo estoy entre dos luces,
ó el vino me ha trastornado,
ó no sé lo que me digo,
ó aquí hay gatito encerrado.

- TIB. ¿Estás borracho?
MOM. No sé.
TIB. Hablas cosas sin sentido.
MOM. Lo que ahora acabo de ver,
á hablar así me ha movido.
TIB. Grave noticia será.
MOM. Ello es cosa baladí:
cuchicheo y encerrona.
TIB. No te entiendo.
MOM. Pues yo sí.
TIB. Háblame claro, bufón.
MOM. Oye y pásmate. ¡Atención!
Ví con Antonio á Cornelia,
él parece la informaba
de cierto asunto, en que Cayo
á menudo se nombraba.
Después llegó Cayo, y mi amo
lo entró en una habitación
con la esclava, y se quedaron
los dos en conversación.
TIB. La encerrona y cuchicheo
sé á dónde van á parar.
MOM. ¿Te lo ha revelado acaso
algún genio familiar?
TIB. Lo he oído sin querer.
MOM. Por supuesto.
TIB. Es un traidor
Cayo.
MOM. ¿A quién?
TIB. A tu amo Antonio.
Cayo es un vil seductor
de Cornelia; y tu amo necio,
¿por él se deja engañar?
Cayo y Cornelia se entienden.
MOM. ¡Fuego de Plutón! ¡qué par!
¡Fíate del agua mansa!
¡Qué cándido es mi señor!
¡pues cree á Cayo su amigo,
y ha resultado un traidor!
¿Y esa carita gazmoña,
Cornelia de mis pecados,
tan bribona es? ¿tan hipócritas
esos ojitos velados?

TIB.

¿Quién había de pensar?

MOM.

Yo bastante lo pensé
al verla tan modestita,
y mirad si me engañé.
Cuando veo á ciertas gentes
que llevan medio entornados
los ojos, digo: Santo eres,
y sino, truhán redomado.
Y como en aquestos tiempos,
y en este pícaro mundo
lo primero no es de moda,
siempre creo lo segundo.
Yo soy bribón como todos.

TIB.

No todos son malos.

MOM.

¿Nó?

Los que parecen mejores,
son más bribones que yo.
Mira sino á nuestro Cayo,
más casto que una vestal,
aquel ídolo de Antonio,
aquel tipo espiritual;
y mira que puntos calza
el incensado idolillo;
en verdad que ha dado muestras
de ser un solemne pillo.

TIB.

¿Y ella?

MOM.

Como es cabizbaja,
jugó una mala partida;
más limpio y franco jugara
si ella fuera cuelli erguida.

TIB.

Aquesas crudezas tuyas
son buenas para pensadas;
Más no lo son para dichas.

MOM.

¿Pensadas, sí, dichas nó?
Lo que se piensa se dice.
¡Canastos!... Así soy yo.
Y ahora, como no peco
de reservado, diré
á mi amo lo que pasa,
á riesgo de un puntapié.

ESCENA X

DICHOS, ANTONIO, CAYO, VALERIO

(Atraviesan la escena Cayo, Antonio y Valerio sin reparar en Momo y Tiberio)

ANT. ¿No me das esperanza?
CAYO. Ya veremos.

ANT. ¿Cornelia cederá?
CAYO. Por ahora nada
puedo decirte.

MOM. (á Tiberio). Hablan de Cornelia.

TIB. ¡Y se lo traga todo!
MOM. Es tragaldabas;
verás cuando vomite.

ANT. ¿Volverás?

CAYO. Sí, Antonio, volveré.

ANT. ¿Cuándo?

CAYO. Mañana.

ANT. ¡Ola! Valerio, vé con él. Salud,
Cayo.

CAYO. Salud, amigo. (Saliendo ap á Val.) Sin tardanza
con tu hermana vendrás.

VAL. Sí. (Salen).

ESCENA XI

ANTONIO, MOMO, TIBERIO

ANT. (Repara en Tiberio). ¡Ah, Tiberio!
¡Tan sólo aquí!

TIB. No importa.

MOM. ¿No soy nada
por ventura, señor? ¿O mi persona
es vapor? ¿Soy acaso algún fantasma?
TIB. Con Momo se está alegre.

pues veo que no haréis caso.

ANT. ¿Qué dices, Tiberio? Habla.

TIB. Sé que mejor os sería
que ignorarais esta infamia;
pero soy amigo vuestro
y debo manifestarla.
Contra mí os desataréis
en denuestos y amenazas,
no me creeréis. No importa:
os diré la verdad llana.

ANT. Ese preludio tan grave,
ese lenguaje me espanta.

TIB. Tiberio, nada me ocultes;
dí lo que sabes. ¿Qué pasa?
Yo sé que amáis á Cornelia,
y yo sé que ella no os ama;
y quien os roba tal dicha
es...

ANT. ¿Quién? ¡Dí!

TIB. Es Cayo.

ANT. ¡Calla!

Calumniador.

TIB. (Hace ademán de irse). Dispensad,
me voy. (Antonio lo agarra de la toga).

ANT. ¡No te irás, canalla!

¡Quiero que esto se compruebe!

¡Tu afirmación no me basta!

¡Quiero verlo con mis ojos!

¿Tú no sabes que me arrancan
esas calumnias infames
la felicidad del alma?

¡Embustero! Tu calumnia
quiero verla comprobada.

TIB. (Ap.) Soportarlo me conviene
para enredar bien mi trama.
(Alto). Porque os quiero, disimulo
tan afrentosas palabras.
Cuando sepáis la verdad
no me diréis eso.

ANT. (Impaciente). ¡Habla!

TIB. Ha poco por aquí mismo
solitario paseaba,
y oí murmullos secretos.

En ellos se barajaba
vuestro nombre. Presté oído
y escuché tras de esas ramas.
Valerio, el esclavo vuestro,
y Cayo, entre sí trataban
de robaros á Cornelia.
Ella, decían, amaba
á Cayo con frenesí.

ANT.

¡Tiberio!...

TIB.

Escucha con calma.

Y claro, queriendo á él,
á ti, Antonio, despreciaba;
por esto Cayo desea
robártela de tu casa.

(Antonio se arroja sobre Tiberio y le echa las manos al cuello.
Tiberio pugna por separarlo, poniéndole las manos en los
hombros).

ANT.

¡Infame!... ¡Mientes!... ¡Tu mientes!...

¡Mi amigo traidor!... ¡Oh rabia!...

¡Tú mientes!...

TIB.

(Voz ahogada). Te lo haré ver. (Se separa Antonio).

ANT.

¿Qué?

TIB.

Sí. Verás tu desgracia.

ANT.

¿Qué?... ¿Tú?... ¿Tú me lo harás ver?

TIB.

Ahora mismo tu esclava
huirá de ti, é irá
junto con Valerio á casa
de Cayo. Tú lo verás
esta misma tarde.

ANT.

¡Calla!

¡Es mentira!

TIB.

Lo veremos.

ANT.

¡Oh, cállate, que me matas!

Dí, Tiberio, que es calumnia
lo que cuentas; díme que hablas
por engañarme... ¡Tiberio!
¡Dímelo!...

TIB.

No. Por desgracia
es certísimo. Esperemos
á que marche vuestra esclava,
y yo y vos con cuatro siervos
la seguiremos. A casa
de Cayo irá; seguiremos
nosotros, y la venganza

podréis tomar de los dos.

ANT. ¡Oh, furias! ¡Oh, negra infamia!

¿Cayo traidor?... ¿Cayo? ¿El?...

¿Traidor mi amigo del alma?

¿Es Cayo, Tiberio, es Cayo?

TIB. ¿Cómo y aún dudas?

ANT. ¡Oh rabia!

Y ella, mi esclava Cornelia...

TIB. Ella por Cayo no os ama,

y él os tenía engañado.

ANT. ¡Los dos... mis dos esperanzas!

¡morirán!... ¡Y después yo

me mataré!

TIB. ¡Antonio!

ANT. El alma
que su esperanza ha perdido
ha de sucumbir.

TIB. Ten calma.

Antonio estás delirando.

ANT. Moriré con mi esperanza.

¡Y tú, cruel, me la quitas!

TIB. Crueldad fué, mas necesaria;

cumplí como fiel amigo.

ANT. ¡Ay, Tiberio, que me matas!

CAE EL TELON



ACTO SEGUNDO

LA VENGANZA FRUSTRADA

Habitación de la casa de Antonio. Puertas practicables al fondo é izquierda. Muebles sencillos. De las paredes penden algunas armas, como espada, escudo, lanza, morrión, etc.

ESCENA PRIMERA

CAYO, VALERIO, EMILIO, LEVIO

(Cayo habla al fondo con Valerio que está fuera de la escena, al otro lado del dintel; pero visible á los espectadores).

CAYO.

Ve con ella, Valerio.

VAL.

Dios os pague
el favor que habéis hecho.

CAYO.

Bueno, basta.
Segura está Cornelia por ahora.
A Dios dale las gracias y no á mí.
Ahora tú con tu hermana quedarás,
mientras yo á estos amigos que me esperan.
VAL. Ve, Cayo; no los hagas esperar.

ESCENA II

CAYO, LEVIO, EMILIO

CAYO. El asunto es hecho, amigos;
está Cornelia salvada.

EM. ¿La virgen que nos decías?

CAYO. Sí. No he querido que entrara
aquí, porque ella desea
que permanezca ignorada
esta acción.

EM. Es la virtud
enemiga de alabanzas.

CAYO. Emilio, dile al Pontífice
Marcelino, que una esclava
que es virgen de Jesucristo
la tengo oculta en mi casa,
y que por lo tanto se cuente
en mi distrito.

LEV. Es cristiana,
y tal honor se le debe.

CAYO. Y ya que está terminada
mi ocupación, ¿no veníais
con asuntos?...

EM. De importancia.
Ya sabes que ha comenzado
la persecución cristiana.

CAYO. Sí.

EM. Pues bien; nuestro Pastor
Marcelino nos encarga
exhortar á los cristianos
á prepararse.

LEV. Mañana
regará el Anfiteatro
la primera sangre cristiana.

CAYO. ¡Felices ellos!

LEV. ¡Felices!

EM. Sí, dichosos los que marchan
de este mundo coronados

con la victoriosa palma
del martirio.

CAYO. ¿Y esta suerte
no hemos de poder gozarla?
EM. Escucha, Cayo. El Pontífice
por nuestra boca te manda
á ti y todo cristiano
que no hayamos demasiada
confianza en nuestras fuerzas;
porque sin Cristo son flacas.
La persecución huyamos,
y no sea temeraria
nuestra fe. Mas si caemos
en las manos sanguinarias
de nuestros perseguidores,
mostremos grande constancia.
No nos arredre el tormento,
los garfíos y las tenazas,
el fuego ni los leones,
que ellos han de ser escala
para subir allá arriba.
CAYO. ¿Y dijiste que mañana
nuestros hermanos?...

EM. Sí, Cayo;
veremos ensangrentada
la arena por nuestros mártires.
LEV. Dicen que de Mauritania
llegaron panteras y osos
para el objeto. Las jaulas
de las fieras están llenas;
los *venatores* (1) sus guardas,
las privan de la comida
para que hambrientas mañana
despedacen á sus víctimas.
Grandes fiestas se preparan
en el vasto Anfiteatro.
Un gladiador de Germania
con el reciario (2) cipriota
dará singular batalla;

(1) Empleados del Anfiteatro que cuidaban las fieras.

(2) Individuos que peleaban con una red, procurando enredar á su adversario.

muchas apuestas se cruzan;
luchas muy encarnizadas
se trabarán bajo el *Podium* (1),
y cuando ya estará harta
de tanta sangre la arena,
aún correrá en abundancia
de las heridas del mártir.

Porque la gente romana
tiene tanta sed de sangre
que cuando el puñal se cansa
de matar, cuando á las fieras
se les embotan las garras,
cuando la empapada arena
parece que dice «¡basta!»
Todavía ruge el pueblo:
«¡Sangre, sangre!... ¡Más matanza!»

CAYO. El imperio caerá;
tanto crimen, crueldad tanta
no pueden quedar impunes.
¡Pobre Roma! Sepultada
te verás en tus escombros.

LEV. Y porque no falte nada
á tales fiestas, llegaron
del Asia Menor, de Tracia,
de Atenas y de Corinto
impúdicas cortesanas,
que por la Vía Patricia (2)
tiendan sus redes.

CAYO. ¡Qué infamia!

LEV. ¡Y esos hombres corrompidos,
esos de infames nos tachan!

EM. ¿No sabes que la mentira
fué siempre la mejor arma
de nuestros perseguidores?
La calumnia es una baba
de venenoso reptil,

(1) Sitio privilegiado del Coliseo, donde se sentaban el emperador con su familia, las vestales y senadores.

(2) Calle de Roma, en la que, según testimonio de Chateaubriand, (Los Mártires, lib. XXIII) se cometían prostituciones públicas. ¡A tal grado de corrupción llegó aquella gran ciudad! La vía Patricia, *vicus Patricius* ó *vicus Corneliiorum*, pasaba por la actual iglesia de Santa Pudenciana y Santa Práxedes.

con la que las flores aja;
pues es una flor marchita,
una virtud calumniada.
Tiene por padre la envidia
y por madre la venganza.
Y viéndose tan horrible
con la verdad se disfraza.
Temible es si está desnuda,
mortal si está disfrazada.
Con razón, pues, los paganos
la han elegido por arma.

LEV. ¿Pero qué crimen han hecho
los cristianos? ¿Por qué causa
se les persigue? ¿Es un vicio
la virtud? ¿Es una infamia
la castidad? ¿Es traición
conservar la fe jurada?

CAYO. ¡Cuántas veces ha querido
nuestra religión cristiana
atraer á nuestra fé
á las gentes extraviadas
por las tinieblas del vicio
ó del error, más ingratas
ellas nos han perseguido!

LEV. Siempre ha sido la ignorancia
enemiga de la luz.

CAYO. ¿Y las funciones sagradas,
dónde se celebrarán?

EM. En las catacumbas.

LEV. Vanas
serán todas las pesquisas
que en aquel recinto se hagan
para encontrarnos. Las criptas
ofrecen segura guarda
con su oscuro laberinto
á la religión cristiana.

EM. Limpios ya los corredores
y luciendo muchas lámparas (1)
de trecho en trecho, desde hoy

(1) Solía colgarse junto al sepulcro de los mártires, una lámpara, ó en su lugar había una columna de unos tres pies de altura, cuyo extremo superior era cóncavo para contener el aceite.

las criptas son nuestra casa.
Allí el sueño de los justos
duermen en profunda calma
muchos mártires que esperan
reunirse con sus almas.

CAYO. Al ver nuestras catacumbas,
esos miles de intrincadas
callejuelas que se cruzan,
esas tumbas hacinadas
donde moran tantos mártires,
se me llena de esperanza
el corazón. ¿No parece
esa Roma subterránea
una fecunda semilla,
que yace allí soterrada
para que renazca de ella
después la Roma cristiana?

LEV. Esperanzas son hermosas,
pero tal vez sean vanas.
¿Tú dices cristiana Roma?
¡Si su corrupción es tanta
y le debe tanto al cielo!
¡Mira esta gran cortesana!
Mira cual hierven sus calles
de pueblo inmenso, cuya ansia
es sólo de sangre y vicios...
Contempla esas oleadas
que sorbe el Anfiteatro
en sus inmensas entrañas;
y después que las ha hartado
de noble sangre cristiana,
cual si á náuseas le movieran,
como torna á vomitarlas (1).

CAYO. Mira tú esa inmensa turba
de cristianos y cristianas,
que por ocultos pasajes
y por sendas ignoradas
entran en las catacumbas,
y ruegan por Roma ingrata.

LEV. Y ella en cambio nos entrega
á las fieras sanguinarias,

(1) Las puertas del Anfiteatro se llamaban vomitorios, y con razón.

- y arroja nuestros despojos
á las inmundas cloacas.
- EM. ¡Oh, no! Hemos de procurar
que no se consume tanta
maldad. La sangre preciosa
y las reliquias sagradas
de los mártires cristianos,
que van á morir mañana,
aunque corramos peligro
tenemos que rescatarlas.
¿Iréis al Anfiteatro?
- CAYO. ¿Iréis al Anfiteatro?
EM. } Iremos.
LEV. }
EM. ¿Y tú?
CAYO. Mañana
iré también.
- EM. Ya hemos dado
sextercios (1) en abundancia
á lanistas (2) y empleados
del Anfiteatro, para
que nos dejen los despojos
de los mártires. Hay varias
camillas, redomas, vasos
y esponjas para empaparlas
en la sangre de los mártires
por nuestra fe derramada.
- LEV. A la cárcel Mamertina (3)
hay que llevar la sagrada
Comunión. El carcelero
mediante una buena paga
nos dejará entrar.
- EM. Y el tiempo urge,
Conque, Cayo, hasta mañana. (Se levantan).
Es preciso separarnos.
- CAYO. ¿Os veré, pues, en las gradas
del Anfiteatro?
- LEV. Sí.
- EM. Antes por la vía Sacra (4)
pasearemos.

(1) El sextercio, que era la cuarta parte del denario, equivaldría próximamente á unos 18 céntimos de nuestra moneda.

(2) Jefes de gladiadores.

(3) Famosa cárcel romana donde encerraban á los mártires y facinerosos.

(4) Gran calle de Roma que unía el Capitolio con el Anfiteatro.

CAYO. Ya os veré.
EM. Sobre todo mucha calma,
y evita...
CAYO. No hayáis cuidado.
LEV. y EM. Paz contigo.
CAYO. Y con vuestra alma.

(Salen Lev. y Em., y Cayo va hasta la puerta donde queda mirando; luego vuelve á la escena).

ESCENA III

CAYO

¡Oh que afán del infame gentilismo
por borrar de la tierra á los cristianos!
Se fatigan en vano.
El cruel paganismo,
como ligero polvo y sutil fano,
desaparecerá. Va á sucumbir
muy pronto; su agonía
se acerca ya; y al acercarse ansía
matar á quien así le hace morir.
Nos persiguen sin tregua. ¡Cuántos fieles
por temor á verdugos tan crueles
han de perder su fe!
¿Y yo, Dios mío, acaso moriré?
¡Ah!... ¡feliz si tuviera aquesta suerte!
¡Oh que dichosa muerte!
¿Mas qué digo? ¡ay de mí!
¿Si aún no he cumplido lo que prometí?
Aún no se ha convertido
Antonio, ese amigo tan querido.
¡Oh cual estará ahora
cuando advierta la fuga de su esclava,
á quien él tanto amaba!
¡Y yo se la he quitado!
¡Deber cruel, qué á tal me has obligado!

ESCENA IV

CAYO, PAULO

CAYO. ¡Ola! ¿qué traes de nuevo?
PAU. Una noticia, amo mío.
CAYO. ¿Qué es ello, Paulo?
PAU. No es cosa.
Que os guardéis de este peligro
que os amenaza. Veturio (1),
el general del ejército,
procura indagar astuto
si hay seguidores de Cristo
entre las tropas, y á vos
que sois tribuno, os suplico
que tengáis cuidado.
CAYO. Gracias,
Paulo.
PAU. ¿Sabéis, amo mío,
qué estoy pensando?
CAYO. ¿Qué piensas?
PAU. Ello será un desatino;
pero, en fin... allá va.
CAYO. Venga.
PAU. Cruelmente perseguidos
somos los fieles; no obstante
como espuma hemos crecido.
Hay millones de cristianos
y nos llevan al suplicio
como corderos, y palos
y más palos, y sufrimos;
y en el ejército hay muchos
soldados; ¡pero muchísimos!
que son cristianos y callan;
se dejan matar por Cristo...
Y el César Constancio Cloro;
y su hijo Constantino

(1) El general Veturio tenía el cargo de descubrir los soldados cristianos

protegen á los cristianos...
Pues ¡vive Cristovaillo!
¿Por qué no hacemos mondongo
con esa piara de pillos
que el imperio tiranizan?
Elíjase á Constantino,
á quien todo el mundo adora,
y que es del imperio digno,
y acábese tanta infamia...
¿Qué? ¿Por ventura no es lícito
destituir á los príncipes
si abusan del poderío?
Es lícito si se puede,
y se espera feliz éxito;
mas ahora es dudoso, y luego
nos ha dado ejemplo Cristo
de sufrir á los verdugos,
y hemos de imitarlo.

CAYO.

PAU.

¡Digo!
¡Demasiado lo imitamos!
y además, Cristo era Cristo,
y yo soy...

CAYO.

¡Calla, blasfemo!
¿Has recibido el bautismo
y aún hablas de esta manera?
¡Ah, perdóname, amo mío!
Me he ido por los extremos;
pero no sé lo que digo
cuando pienso ciertas cosas...
Y en verdad, el trono digno
del tirano ser debieran
las letrinas.

CAYO.

PAU.

¡Vengativo!
No es venganza, que es justicia.
¡Ay, en el día del juicio,
los que ahora rigen el mundo,
cómo andarán tamañitos!
En fin, deja esos asuntos,
porque pierdes los estribos,
y díme si has arreglado
la habitación.

PAU.

CAYO.

Sí, ya está.

¿Y Cornelia?

PAU.

Un poco triste,

pero ya se alegrará.

Yo no puedo comprender
de que viene esa tristeza;
¿no ha logrado al fin salvar
su virginal entereza?

CAYO.

Sí, más para ello sostuvo
con su corazón pelea,
y el corazón gime cuando
le quitan lo que desea.
Y aún cuando esté la razón
al corazón sujetado,
él se sujeta, es verdad,
mas se sujeta llorando;
y es preciso perdonarle
esta natural tristeza,
pues siendo de carne flaca
ha de sentir su flaqueza.

(Aparecen al fondo Antonio, Tiberio y Momo con esclavos).

¿Y Valerio?

PAU.

CAYO.

Con su hermana

ANT.

(Ap.) Los dos son ya presa mía.

PAU.

¿Sospecha Antonio de vos?

CAYO.

No, porque de mí se fía.

ANT.

(Al paño). ¡Oh amigo falso y traidor!

TIB.

(Idem). ¿Os engañé? (Antonio hace señales de ira y
Tiberio lo aplaca).

PAU.

Ya veréis

como olvidará ese amor.

CAYO.

¡Pobre Cornelia! Por fin,
su deseo logró ya.

PAU.

Bajo de vuestra custodia
de Antonio segura está.

CAYO.

Sí, Paulo, ya está segura
de aquel frenético amor;
Cornelia aquí, en nuestra casa
puede vivir sin temor.

ESCENA V

CAYO, PAULO, ANTONIO, TIBERIO, MOMO, *esclavos*

- ANT. ¿Está segura Cornelia?
Eres hombre de provecho:
sabes robarme mi esclava
ayudado de Valerio.
Mas tú, Valerio y Cornelia
habéis caído en el cepo.
A Cornelia y á su hermano
asegurados con hierros
los tengo ya. No supiste
guardar á Cornelia. A tiempo
supe el rapto de mi esclava,
y al entrar aquí la veo
con su hermano. ¿Está segura,
Cayo, la esclava? Por cierto
que ahora no se escapará.
CAYO. Escucha, Antonio.
ANT. Dí presto,
que corre prisa.
CAYO. Te engañan
las apariencias.
ANT. Tiberio,
¿serán acaso apariencias
lo que con mis ojos veo?
CAYO. Antonio, tú me condenas
sin oirme.
TIB. ¡Calla, necio!
¿Aún te atreves á negar
lo que se ve manifiesto?
CAYO. Oye, Antonio, por piedad.
ANT. Pronto, no hay que perder tiempo,
que el de tu muerte se acerca.
CAYO. ¡Muerte, y de ti!
MOM. Tiene miedo.
ANT. Despacha pronto. Esto es
lo último que te concedo.

- MOM. Con el condenado á muerte
hay que tener miramientos.
- PAU. ¡Pero no, estando yo aquí!
¡Vive Dios, que!... (Coge una espada).
- CAYO. Paulo, quieto. (Se apacigua Paulo).
- MOM. (Ap.) ¡Qué bravucón es, recórcholis!
Pues yo con él no me meto.
- CAYO. Traje á tu esclava conmigo
para librarla del riesgo
de perder su castidad.
- MOM. (Ap.) ¡Qué piadoso Can cervero!
Y mi amo se fió dél.
- CAYO. Ella te amaba en secreto,
mas había consagrado
su virginidad al cielo,
y creyó que solamente
la conservaría huyendo,
y acudió á mí...
- ANT. Bien lo tramas.
- CAYO. ¿No me crees?
- ANT. Sí, te creo.
- ¡Si eres hombre tan veraz!
Si sabes trazar enredos,
¡que embaucan al más astuto!
Mas todo se ha descubierto.
- CAYO. ¡Antonio!
- ANT. (Impaciente). Basta ya.
- CAYO. Oyeme
una palabra.
- ANT. Acabemos.
- CAYO. Escucha, yo te libré
de la muerte, yo te quiero
más que á mí mismo. ¡Oh, Antonio!
Si es que este mi amor inmenso
se merece ser creído
¡ay! ¡no me creas, que miento!
Verdad parece que yo
robé tu amor. Verdadero
parece mi crimen. ¡Ay!
¿Y la amistad que te tengo
no parece más verdad
que estos engañosos hechos?
Y aunque amistad y traición

te parecen verdaderos,
cree más á mi amistad
que á la traición.

ANT. Sí, te creo;

aún más: yo contribuiré
á que cumplas tus deseos.
Tú querías libertar
á Cornelia del gran riesgo
que corría de perder
su virginidad, ¿no es cierto?
Sí.

CAYO.

ANT. Pues bien; procuraré
que se cumplan tus deseos:
los dos queríais ser vírgenes
y lo seréis, en efecto.
Castidad quereis guardar
y castidad guardariéis:
y eso á mí lo debereis,
porque yo os he de matar.
¡Antonio, oye!

CAYO.

ANT. Se acabó;
¡esclavos, hola, prendedlo!
Y á su liberto también.

(Dos esclavos y Tiberio se arrojan sobre Cayo y le sujetan sin resistencia. Momo y el otro esclavo se arrojan sobre Paulo; pero éste coge una espada y se pone en guardia. Momo retrocede y se apoya en la pared para no caer).

PAU. ¿Cómo? ¿A nosotros prendernos?

No será así. ¡Vive Dios!

¡Que antes que llegueis!...

MOM.

No llego.

ANT. ¡Cobardes!

MOM. ¡Uf, la espadita!...

ANT. Cógelo.

MOM. No sé que tengo
que me ha dado una parálisis
de ver desnudo ese hierro.

¡Ay!... ¡No me puedo mover! (Tiembra).

Sujetadlo.

ANT.

PAU. ¡Atrás! (Los rechaza con la espada).

CAYO. Teneos.

Es inútil la defensa,
deja la espada, liberto.

(Deja la espada Paulo y le sujetan. Cuando está sujeto le echa la mano Momo con aire de triunfo).

MOM.

Gracias á mi valentía
ya lo tenemos sujeto.

PAU.

¡Cobardes! ¡Seis contra dos!

MOM.

¡No te muevas, majadero! (Pausa)

ANT.

Cayo, atiende, hablemos claro,
ahora que ya estás sujeto.
He venido aquí á matarte;
morirás, tenlo por cierto;
más antes dí la verdad,
confiésame el rapto... ¡Luego!
¡Confíesalo!

CAYO.

Ya lo dije.

ANT.

¡No mientas, traidor!

CAYO.

No miento

¡Ah, créeme, amigo mío!

ANT.

¿Amigo tuyo?

PAU.

Creedle.

CAYO.

¡Oh vosotros! convencedle. (A Tib. y esclavos).

¡Oye! (A Antonio).

ANT.

¡Calla!

CAYO.

¡Desvarío!

¡Ay de mí! ¡Terrible suerte!

No me cree y moriré

á manos de quien amé,

¡que es la más horrible muerte!

¡Oh, amigo! por la sabida

amistad que nos juramos

cuando ambos nos abrazamos,

después que salvé tu vida...

Ya que mi sangre apetece

mátame otro, ¡más tú, no!

No mates á quien te amó,

¡que lo matarás dos veces!

ANT.

Cayo, escucha. Tuve yo

un amigo á quien amé;

mi esperanza le fié,

y él, Cayo, me la robó.

Un secreto en que cifraba

toda mi felicidad,

yo confié á su amistad...

¡Tanto era lo que le amaba!

Por él creí poseer

una hipócrita hermosura,

en que juzgué una ventura
ilimitada tener.

Y aquel amigo traidor
¿sabes, Cayo, lo que hizo?
¡Mis ilusiones deshizo,
y me colmó de dolor!
Abusó de mi confianza,
asesinó mi ventura,
y sedujo la hermosura
en que puse mi esperanza.

(Agita á Cayo por el brazo).

¿Tú sabes, Cayo, quién es
aquel amigo traidor,
á quien tuve tanto amor?
Contesta... ¿Sabes quién es?
¡Pronto, diablos, pronto!... ¡Dí!...
¿Quién es, dí?... Tú lo sabrás.
¡Contesta, por Barrabás!
¡Desventurado de mí!

CAYO.

ANT.

Ya lo diré yo. ¡Tú fuiste! (Con explosión de ira).

¡Tú de mi fe has abusado!
¡Tú, tú, mi amor me has quitado,
tú mi ilusión destruiste!...
¿Y pides que por mi mano
no te mate?... Dí, traidor:
¿Por qué robaste mi amor?
Dí, ¿por qué fuiste el tirano
de mi ventura?

CAYO.

¡Ay de mí!

ANT.

¡Créeme, Antonio, por piedad!
¡Oh, hipócrita! ¡Tu maldad
tratas de ocultarla! ¡Dí!... (Le empuja y saca el puñal
de debajo la toga).

¡Díme tu amor criminal!
¡Dílo antes que este puñal
sepulte en tu corazón!

CAYO

ANT.

¡No! ¡Yo no puedo mentir!
¿Niegas?

CAYO.

¡Oh suerte cruel!

TIB.

¡Acaba luego con él! (A Antonio).

ANT.

¡Oh infame, vas á morir!...

¡Toma! (Le tira una puñalada y Cayo le sujeta el brazo).

CAYO.

¡Oh!

ANT. (Forcejea). ¡Suelta, bribón! (Ruido de pasos).
 CAYO. ¡Dios mío! ¡perdónalo!
 (Tiberio sujeta el brazo á Cayo, y Antonio blande de nuevo el puñal).
 ANT. ¡Muere!
 CAYO. ¡Antonio!
 TIB. ¡Mátalo!...
 CAYO. ¡Ay! ¡matas mi corazón!

ESCENA VI

Dichos, CENTURIÓN y CUATRO SOLDADOS, ELIO

(Al tirar la puñalada Antonio, el centurión le sujeta [por detrás el brazo].)
 CENT. ¡Alto aquí todos!.. ¡Atrás! (Aparta á los esclavos y se apodera de Cayo. Los soldados le rodean).
 En nombre de Maximiano
 daos preso. (A Cayo).
 ELIO. Sois cristiano.
 CAYO. Lo soy.
 TIB. (Ap. á Antonio). Se escapa.
 ANT. (Ap.) ¡Jamás!
 (Antonio quiere arrojarle de nuevo sobre Cayo, pero los soldados y el centurión lo impiden)
 CENT. ¡Alto! (Detiene á Antonio).
 ANT. Yo lo mataré;
 es mi enemigo.
 CENT. (á Ant.) ¿Qué es eso?
 ¡Ola! ¿Qué has perdido el seso?
 TIB. (Ap.) ¡Ay de mí! ¡No me vengué!
 ANT. ¡Cristiano!
 CAYO. Cristiano, sí.
 ANT. ¡Y te escapas de mis manos!
 ¡El también de esos cristianos!
 CAYO. Y que va á morir por tí.
 ¡Oh, gracias, gracias, Dios mío!
 Ya no moriré á las manos
 de mi amigo.

- PAUL. Yo cristiano
soy también.
- MOM. ¡De dos en dos!
¡Uf, como cunde esa peste!
- CENT. ¡Ola! También tú vendrás
con nosotros. ¿Aun hay más?
Puesto que además de éste
hemos hallado otro par
maniatados allá abajo.
Antonio, me ahorras trabajo
de tenerlos yo que atar.
- ANT. ¡Oh, mi esclava! Centurión,
vuélvemela.
- CENT. ¿A qué exigir
tu esclava? Ella ha de morir;
lo manda el emperador.
- TIB. (A Ant.) De los que te han engañado
no puedes vengarte ya;
tal vez ella morirá
en los brazos de su amado.
- CENT. ¡Ea, en marcha!
- CAYO. Antonio, adiós;
de ti me voy suspirando,
pues me crees...
- CENT. (Interrumpe). ¡Ea, andando.
Basta de charla.
- (Salen).

ESCENA VII

TIBERIO, MOMO, *esclavos*, ANTONIO

- ANT. ¡Los dos!
¡Los dos huyen de mis manos!
- MOM. Por cierto, impensada huída.
- ANT. Hados de mi triste vida,
¿por qué sois tan inhumanos?
Sin amor, sin amistad,
sin venganza... ¡Cruda suerte!

¿Y no hay quien me dé la muerte?
¿O es que ella no me querrá?...
Yo seré tu amigo.

TIB.

ANT.

(Lo rechaza bruscamente). ¡No!

TIB.

(Ap.) El pago de mi venganza.

ANT.

Se acabó ya mi esperanza,
sin ella no vivo yo.

(Se dirige la punta del puñal al pecho; pero Tiberio que ha previsto la acción por lo que Antonio dice, le sujeta rápidamente el brazo y luego le ayudan los esclavos á sujetar á Antonio).

¡No puedo vivir así!

TIB.

¡Tenedlo, furioso está!

ANT.

¡Dejadme! (Forcejea).

TIB.

¡Se matará!

ANT.

¡Ay, desdichado de mí!

TELON RAPIDO

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

LA SANGRE DEL MARTIR

Calle. Izquierda: exterior del Anfiteatro de Flavio, con dos ó tres puertas, ó vomitorios practicables. Fondo: Via Sacra, con suntuosos edificios y monumentos. Derecha: desembocaduras de dos ó más calles, según la capacidad del escenario.

ESCENA PRIMERA

TIBERIO, MOMO, DOS ROMANOS

- ROM. 1.º No lo hubiera creído. ¡También Cayo,
el tribuno esforzado ha sido preso!
- MOM. Era un cristiano hipócrita.
- ROM. 2.º ¡Y Antonio
burlado por su amigo!
- MOM. (A Tiberio que se muestra triste). Y tú por Elio.
¿No recuerdas, Tiberio, que ayer tarde
se mostraba solícito en extremo,
Elio, en averiguar lo del edicto?
- TIB. Sí.
- MOM. ¿Ves, por qué lo hacía?
- TIB. Ya lo veo.
- ROM 1.º ¿Qué es ello?

MOM. Delató al emperador
á Cayo, y ayer fué cogido preso
el tribuno, cuando iba ya á morir
á manos de mi amo.

ROM. 1.º ¡De que riesgo
se escapó!

ROM. 2.º ¿Y es posible que el buen Cayo
sea hombre tan vil? El era ejemplo
de amistad, de nobleza y pundonor.

MOM. Todo eso por defuera, que por dentro...
era todo al revés. Al fin los hombres
son todo hipocresía y fingimiento;
como un sepulcro, cuya hermosa lápida
oculta un asqueroso pudrirero.
Hay un mundo exterior y otro escondido
y hay hombres con dos caras; en lo externo
¡qué bondad! ¡qué finura! ¡qué modales!
¡Pero si vierais lo que son por dentro!
Cayo es uno de tantos.

ROM. 1.º (Al 2.º) ¿Eh? ¿qué tal
el modelo de amigos?

ROM 2.º ¡Se están viendo
cada día unas cosas! ¿Amistad?
¡Cá! ¡es un mito! Yo no tengo
á nadie por amigo más que á mí.

MOM. Pues yo por el contrario, á cuantos veo
los creo muy mis amigos, pero mucho.
Y los divierto á todos. Por supuesto.
Solamente los tengo por amigos
mientras me dan aplausos ó dinero.

ROM 1.º Esa no es amistad.

MOM. Yo así la llamo.

Porque con ella ayudo y favorezco
á un gran amigo mío, ¡muy amigo!

ROM. 1.º ¿Amigo?... ¿Quién es él?

MOM. Don yo, don *ego*.

ROM. 2.º Es amigo leal.

MOM. ¡Don yo, don yo!

¡Ese sí que es amigo que lo quiero!
Le doy placeres, vino y espectáculos;
pero ¡qué diantre! nunca está contento,
y quiere más y más. Es insaciable.
¿Pero, qué tienes, hombre? Habla Tiberio,

- alégrate, ¡por Baco!
- ROM. 1.º ¡Bah! disipa
negras melancolías.
- TIB. Si no tengo
ninguna cosa.
- MOM. ¿Pues, por qué te pones
con esa triste cara de mochuelo?
Quien se deja llevar de la tristeza
es como obscura noche del invierno.
El cielo se encapota, el cierzo silba,
se cubre de mortaja fría el suelo...
¿No es cielo encapotado el alma triste?
¿No son cierzo helador, tristes recuerdos?
¿No es sudario de nieve, la amargura
que envuelve el corazón y lo hace hielo?
¡Hola, riéte un poco!... Salga un rayo
de sol primaveral contra ese invierno;
pues es la primavera la alegría
en un día de sol puro y sereno.
- TIB. Yo no gusto de sol primaveral;
noche obscura y horrible es lo que quiero:
pero tranquila, sin rumor, sin ruido,
para que se parezca á un cementerio.
- MOM. ¡Uf, que lúgubre estás!
- TIB. Yo soy así.
Mal puedo querer luz si solo veo
tinieblas en mi alma, pues has dicho
que noche obscura son tristes recuerdos.
- ROM. 2.º ¿Luego recuerdos son?
- TIB. No me preguntes:
son, las penas, amigas del silencio.
La multitud inmensa que hoy acude
al grande Anfiteatro, el movimiento
de carrozas, las músicas, los gritos,
me atormentan y turban el sosiego
y soledad que ansío.
- MOM. ¿Pues qué haces
aquí? ¿No ves que hoy son un hormiguero
las cercanías del Anfiteatro?
- ROM. 1.º Todo Roma se junta hoy ahí dentro.
- ROM. 2.º ¿Y tú, á pesar de tu melancolía;
entrarás con nosotros?
- TIB. No, no puedo.

MOM. ¿No quieres ver morir á los cristianos?
Pues eres un solemne majadero.

ROM. 1.º Escucha; hay diez leones de la Libia.
Ya verás como mueren con desnudo
los cristianos fanáticos.

TIB. ¿Y Cayo?

ROM. 1.º Ahora sucumbirá también con ellos.

ROM. 2.º El tribuno es valiente y tiene puños.
Será cosa de ver.

TIB. Pues yo no entro.

(Ap.) ¿A qué? A aumentar con su gloriosa muerte
el horrible martirio que aquí siento?

(Se toca el pecho).

MOM. Te vuelvo á repetir que eres un fatuo.

TIB. ¡Momo!

MOM. No hay que tomarlo á mal, Tiberio.
Si no puedes oír la algarabía
de aquí fuera, si no entras ahí dentro
¿á qué has venido, dí?

TIB. Sólo á informarme
de si hoy moría Cayo.

MOM. Eres Tiberio
un hombre caprichoso.

ROM. 1.º Ya lo sabes.

ROM. 2.º Con tu pan te lo comas.

TIB. Yo me entiendo.

(Se oye dentro confuso vocerío, como de inmensa multitud que
llena el Anfiteatro).

ROM. 2.º ¿Oís?

ROM. 1.º De bote en bote está el Anfiteatro.

ROM. 2.º Vamos, que perderemos los asientos.

ROM. 1.º ¿Y tú, Momo, no vienes?

MOM. Bien iría
de bonísima gana.

ROM. 1.º Pues ven.

MOM. Pero
mi amo Antonio me manda estar aquí.
Diz que Cayo y Cornelia serán luego
echados á las fieras, y desea
cerciorarse por mí; y como los reos
que en el Anfiteatro han de morir
por aquí han de pasar, hace que espero
un siglo y no han pasado.

ROM. 1.º Vente, hombre;

ROM. 2.º no los esperes más. No seas necio.
Mom. Tal vez estarán ya en el *spoliarium* (1).
ROM. 1.º Pero podría ser... ¿Qué vienes?
Mom. (Saliendo). Bueno,
echaré solamente una ojeadita.
ROM. 1.º Amigo, hasta más ver. (A Tib.)
ROM. 2.º Salud, Tiberio.

ESCENA II

TIBERIO

Salud, salud y paz. Id, alegraos;
gozad mientras yo aquí me desespero.
Reid, reid, romanos.
¿Qué le importa mi angustia al mundo entero?
(Se oye el rumor de la multitud).
¡Cuál resuena confusa gritaría!
¡Cuál rugen las pasiones desbordadas,
y llegan hasta mí las oleadas
de placer y frenética alegría!
Ríame yo también de mi dolor.
Serán mis carcajadas
una risa exterior.
Mas, ¿qué importa que lllore el alma mía,
si están las dulces lágrimas vedadas
á mis ojos? bueno es que yo me ría.
Morirán en la arena los cristianos
y gozarán muriendo;
mas yo, ¡triste de mí! ¡muero viviendo!
¡Cuánto mejor me fuera
con ellos acabar mi hora postrera!

(1) Departamento del Anfiteatro, donde se desnudaban los gladiadores y atletas antes de luchar, y donde eran despojados los mártires antes de ser arrojados á las fieras.

Pero, ¡ay de mí! el remordedor gusano
roerme sin cesar el alma sientó;
pero al mártir cristiano
no le atormenta cruel remordimiento.
Yo de ellos también fuí,
mas los abandoné;
y ansioso perseguí
una felicidad que no encontré.
Yo la dulce venganza apetecí,
creí tener segura ya la muerte
de mi enemigo Cayo; mas su suerte
ó mis hados funestos lo han librado,
y yo lo he calumniado,
y á su amigo querido
para siempre lo he hecho desdichado.
Ni placer, ni riquezas, ni venganza,
ni amistad, ni esperanza...
¿Por qué Dios me crió?
¿Le he pedido existir, acaso, yo?

ESCENA III

TIBERIO, CAYO, SOLDADOS, CENTURIÓN, GRUPOS, LEVIO,
EMILIO

(Cayo, Levio y Emilio no reparan en Tiberio. Los soldados hacen andar á Cayo á empellones, pero uno de ellos le mira con lástima).

CENT. ¡Ola, adelante! ¿Te paras?
 ¿Tienes miedo á los rugidos
 de las fieras?

CAYO. ¡Por piedad!
 Quiero dar á mis amigos
 el último abrazo.

SOL. I.º (Al centurión). Furio,
 ya que camina al suplicio,
 concedámosle el consuelo
 que nos pide.

CENT. Concedido.

Despacha pronto. (A Cayo).

CAYO. Muy pronto.

Levio, acércate, y tú, Emilio.

¿Pero, estás triste? ¿Qué tienes?

No llores por mi martirio.

Las fieras me esperan. ¡Ah!

¡Qué dulce es morir por Cristo!

EM. Lo sé, mas nos abandonas,
y yo siempre te he querido,
porque eres tan bueno, Cayo...

CAYO. ¡O! ¡no me adules, amigo!
Escuchad; cuando me muera
enviaré un beso al sitio
donde estaréis... Mas tú lloras. (A Emilio).

EM. ¡Oh! ¡No puedo, amigo mío!
¡Cayo, te vas y nos dejas!

SOL. I.º (Limpiándose los ojos con el dorso de la mano).
(Ap.) ¡Por los dioses del Olimpo!
¡Casi lloro yo también!
¡Pero si soy un chiquillo!
Al fin él fué mi tribuno.

¿Pues, cómo no he de sentirlo?
Os miraré desde el cielo.

CAYO. Os miraré desde el cielo.

CENT. ¡Vaya, pronto!

CAYO. Levio, Emilio,
el último abrazo. (Los abraza á la vez).

LEVIO } ¡Adiós!

EM. }

CAYO. ¡Adiós!

EM. Cayo, ten buen ánimo.
No temas las fieras.

CAYO. No.

Muero contento por Cristo.

(Van á entrar por una puerta del Anfiteatro, y Tiberio detiene á Cayo por la túnica).

TIB. Escucha, Cayo, detente.

¡Mirame! Soy tu enemigo.

Yo soy quien te calumnió,
soy, Cayo, quien ha querido
verte morir á las manos
de Antonio, tu grande amigo.

CAYO. ¡Oh!

LEV. }

EM. } ¡Infame!

SOL. I.º

CAYO. Yo te perdono.

TIB. No finjas, Cayo.

CAYO. No finjo.

TIB. ¿Perdonar tú al centurión
de cuya desgracia has sido
el causante?... ¡Miserable!

CAYO. ¿Pero, qué dices?

TIB. ¿Qué digo?

No te suena bien, por eso
finges que no has entendido.

¿No fui yo por culpa tuya
arrojado del ejército,
cuando á tí te coronaron
de Alejandría en el sitio
á expensas mías?

CAYO. Tiberio,
escucha, antes que el martirio
selle mis labios. Yo muero
por seguir la fé de Cristo,
esa religión tan bella.

(Ap) (A Tib.) Oye, escúchame al oído,
la religión que hace tiempo
¡ay, dejaste, pobre amigo!

TIB. (Ap) ¡Ay de mí!

CAYO. (Alto). Pues bien, Tiberio,
ahora que voy al suplicio,
contéstame á una pregunta:
¿Puedo ser mártir de Cristo
engañándote y mintiendo?
Mi sangre será testigo
de mi fe, y testigo tal
es testigo fidedigno.
Pues por mi sangre, Tiberio,
y por aqueste martirio
que ahora sufriré, te juro
que jamás fui tu enemigo.
Si este juramento es falso
no hay otro que sea digno
de fe; pues quien así jura
bien merece ser creído.
¿Reconoces ya, Tiberio,
la verdad de lo que digo?
Tú te quisiste vengar

de lo que ofensa has creído,
y que fué casualidad;
Tú me quitaste un amigo,
tú lo que más deseé
me arrebataste.

SOL. I.^o (A Tib.) ¡Maldito!
Por Marte que... (Hace ademán de estrangularle).

CAYO. (Al soldado 1.^o) Déjalo.
Tú el puñal has dirigido
de Antonio; pero tu crimen
no se consumó. Dios quiso
libertarme... Y yo, Tiberio,
yo, tu cruel enemigo,
yo, Tiberio, por venganza
sólo un abrazo te pido.
(Va á abrazar á Tiberio, mas éste se aparta, y lo rechaza).

TIB. ¡Ay de mí!

CAYO. ¿Qué no me crees?

TIB. ¡Ah!

CAYO. ¡Un abrazo te suplico!
TIB. ¡No! ¡no, no!... ¡Apártate, Cayo!
Aparta, que hay un abismo
que nos separa.

CAYO. ¿Qué dices?

TIB. ¡Deja, deja al asesino
que te aborreció!

CAYO. ¡Tiberio!

Oyeme, te lo suplico;
yo te amo, yo te perdono;
condena á perpetuo olvido
lo pasado. No te acuerdes.
Te perdono, amigo mío.

TIB. ¿Tú á mí, Cayo?

CAYO. Sí, Tiberio.

TIB. ¿Tú perdonas al que quiso
embriagarse con tu sangre?
¡Y te creí mi enemigo!
¡No, por Dios, no me perdones!
Los animales dañinos
merecen que los aplasten;
Cayo, aplástame te digo.
Clava un puñal en mi seno.
La vida me causa hastío;

preferible es el infierno...
¡Oh, la muerte!... ¡Tú, mi amigo!
¿Y es verdad que tú perdonas
al que ha sido el asesino
de tu esperanza?... ¿Tú á mí?
¡No, jamás!... pues mi delito...

CAYO.
TIB.

¡Pero, estás desesperado!...
¿No sabes que yo he nacido
para ser un criminal?...
¿No sabes que no soy digno
del perdón con que me brindas?
¡Tú deliras!

CAYO.
TIB.

No deliro.

(Se acerca Cayo á Tiberio en ademán de abrazar'o y Tiberio le rechaza).

Quita, quita, no te acerques,
y véte á morir por Cristo.

¡Muere feliz, Cayo, muere,
mientras yo rabiando vivo! (Se lleva la mano á la frente).

CAYO.
TIB.

¿Lloras, Tiberio?

No, Cayo.

El corazón afligido
cuando llora se consuela
y yo ha tiempo no he tenido
el consuelo de las lágrimas;
mas con la risa disipo
mis pesares. ¡Ja! ¡ja! ¡ja! (Risa estridente y seca).
¿Tú no ves como me río?

EM.
CAYO.

¡Oh risa desesperada!
Eso no es risa, es delirio,
es abismo de amargura.

TIB.

¡También rien los abismos!
Si es abismo el dolor, lanza
carcajadas, no suspiros.

CAYO.

Escucha: voy á la muerte
y no moriré tranquilo
si un favor no me concedes.

TIB.

Pídemelo. Aunque á mí mismo
no pueda hacerlo, á ti, sí.
Yo para siempre he perdido
el sosiego. No obtendré
jamás la paz de mi espíritu;
mas tú, blanco de mis iras,

tú, inocente, que has sufrido
por mi causa atroces penas
más crueles que el martirio,
pide, que, si me es posible,
te concederé á mí mismo.

CAYO. ¿A tí mismo? ¿Por qué dices
lo que no sientes?

TIB. Yo digo
lo que haré... ¡Pídeme á mí!

CAYO. ¡Pobre Tiberio! No exijo
tanto. Ven, acércate.

(Se acerca Tiberio, y al hacerlo lo abraza inesperadamente Cayo
Tiberio parece resistir, más después cede).

He aquí lo que te pido.
No te resistas. Ahuyenta
esos negros torbellinos
que tu razón enloquecen.

TIB. ¡Oh, Cayo!

CAYO. Al fin has cedido.

Estréchame más. Quisiera
ser sólo un alma contigo.

Y ahora torna á Dios, Tiberio. (Se separan).

TIB. ¡Ay, Cayo! Soy muy impío.

Y Dios rechaza á quien...

CAYO. ¡Calla!

porque Dios es infinito.
Y es inmensa su bondad.

TIB. ¡Ay de mí!

CAYO. ¿Del hijo pródigo
no te acuerdas?

TIB. Sí. (Llora).

CAYO. Tú lloras.

TIB. Por fin, Cayo, me has vencido,
y me desahogo al fin.

CAYO. Lloro, llora, amigo mío;
porque el llanto es una lluvia,
Tiberio, y cuando ha llovido
huye el nublado y el cielo
se torna azul y tranquilo.

TIB. Pónme una *R* en la frente,
que soy tu esclavo. Bendito
seas, Cayo, pues lograste
dar á mis penas alivio.

CAYO.

Si Antonio cual tú, pudiera...

TIB.

¡Ay de mí triste! y he sido
yo quien lo hice desgraciado!
Mas, Cayo, muere tranquilo.
¿Tú deseas se convierta
aquel que tanto has querido?
Yo te lo impedí, mas yo,
sí, yo le diré que he sido
quien te calumnió. Tal vez
él se enfurezca conmigo
y me mate; ¿mas qué importa?
lo tendré bien merecido.

CAYO.

¡Oh, gracias, Tiberio, gracias!
Mas no pongas en peligro
tu vida.

TIB.

Me guardaré.

CAYO.

Y vosotros, Levio, Emilio,
procurad volver á Antonio
al verdadero camino.
¿Me lo prometéis?

LEV., EM.

Sí, Cayo.

CAYO.

Yo te doy gracias, Dios mío,
si antes de morir lograra
desengañar á mi amigo,
y estrecharle entre mis brazos
al fin vería cumplidos
los deseos de mi padre;
¡mas no puede ser! ¡Dios mío!
Vosotros lo alcanzaréis;
así lo espero.

EM.

Tranquilo
podéis quedar.

CAYO.

(A Tib.) Tú, Tiberio,
vuelve á tu fe; Marcelino,
nuestro querido Pastor,
te admitirá en el aprisco
de la Iglesia.

TIB.

Sí, lo haré.

CAYO.

Y ahora, amigos queridos,
pedid á Dios me dé fuerzas
para sufrir el martirio.
Se acerca la hora feliz;
separarnos es preciso.

- CENT. (Aparte á los soldados). Nunca ví tanta virtud,
me admira tal heroísmo.
- SOL. 2.º ¿Y aún dicen que los cristianos
son hombres tan corrompidos?
- SOL. 1.º (Ap.) ¡Si yo casi estoy llorando!...
Ay pobre tribuno mío.
- CENT. Vamos, ánimo y valor,
Cayo.
- CAYO. Mil gracias, amigo.
(A Tib., Emilio, Lev.)
Quiero veros cuando muera.
Decidme, pues, en qué sitio
os pondréis.
- LEV. Sobre el Pulvínar (1),
- CAYO. ¡Adiós, amigos queridos!
En el cielo nos veremos.
- LEV.,
EM.,
TIB. } ¡Adiós! (Salen Cayo y soldados por uno de los vomitorios).

ESCENA IV

TIBERIO, LEVIO, EMILIO

- EM. ¡Ve, muere por Cristo,
mientras solos, ¡ay! ¡nos dejas!
- LEV. Es un santo.
- EM. Yo he perdido
en él un amigo.
- TIB. ¡Y muere
cuando más lo necesito!
- LEV. Tiberio no te acongojes.
- EM. ¿Qué hacemos? ¿Será preciso
entrar pronto?
- LEV. Sí, pues, Cayo
sufrirá luego el martirio.

(1) Lugar privilegiado del *Podium*, donde se ponían los emperadores, para presenciar los espectáculos del Anfiteatro.

EM. Su último adiós recojamos
y su postrero suspiro.

ESCENA V

MOMO

(Mientras entran por una de las puertas del Anfiteatro las personas de la precedente escena, Momo sale por otra).

¡Vive Momo, el dios burlón,
cuyo nombre yo poseo!
¡No dice siendo Bufón,
el estado en que me veo!
—¡Ay Momo!... ¿qué tienes, pues?
—Tengo la tripa vacía.

—¿De veras?—De veras es;
no he comido en todo el día.

¿Y hasta cuándo me estaré
esperando? ¿hasta mañana?

Pues estarás hasta que
al amo le dé la gana.

Hoy tiene humor endiablado,
por la traición de su amigo,
y porque no se ha casado.

¡Pues, que se case conmigo!

Si su amigo lo ha vendido,

si su esclava le engañó

corriente; ya ha sucedido;

pero, ¿lo he de pagar yo? (Ruidos y voces de gente
que se acerca).

Mas ¡ay! cuando está enojado,
el amo, y de sus casillas
se sale, es averiguado
que pagan nuestras costillas.

(Ruido de voces fuera de la escena).

¡Baco! ¡Baco! ¡ohé! ¡ohé!

(Mirando hacia fuera).

¿Pero, qué jaleo es ese?

¡Vive el chápiro, qué juerga!

VOCES.

MOM.

VOCES. Un borracho perseguido
por gente alegre... ¡Qué gresca!
Baco, Baco, ¡ohé! ohé!

(Ruido de un porrazo).

MOM. Ya ha caído el borrachón,
ya le tiran de la pierna.
¡Por Apolo!... ¡Qué porrazo!
Fenomenal borrachera
lleva en el cuerpo... Otra vez
se ha levantado. ¡Qué juerga
le arman esos casquiales!
Ya corre... otra vez tropieza...
(Porrazo). Y... ¡Pataplúm!... ¡Já, ¡já, ¡já!

(Rien afuera y Momo en la escena).

Besó de nuevo la tierra.
¡Uf!... ¡qué chacotal ¡qué coces!
¡Cómo jura y patalea!...
Ya se torna á levantar,
y la chusma le rodea,
y él reparte mojicones...
Escupe á diestra y siniestra
votos, denuestos, injurias...
Le pellizcan, le acocean...
Y él se apura, quiere huir...
Le persiguen... Ya trropieza...
Corre á tumbos, á enviones...
Le empujan hacia una puerta...
Se abre ésta y cae el beodo
de bruces en la taberna.
Todos se marchan riendo,
y él barbotando se queda.
Ha terminado por fin
la vinática tragedia.
Pues, señor, ¿quién me prohíbe
el colarme por la puerta
que abrió el borracho? Si el dueño
me ve entrar en su taberna,
le diré que fuí á auxiliar
al ebrio, y si no me viera
me embaularé callandito
una medida bien llena
del negrilla. Dicho y hecho.
(Va á salir y vuelve á la escena encolerizado).
¡Diantre! ¡Rediantre! ¡Mil diantres!

Si veo el amo que llega!
Hora más importuna
nunca ha podido escogerla;
pero yo me zafaré
y escaparé como pueda.
Probaré enfadarlo, y luego...
Pero con tiento, no sea
que furioso me sacuda
y me rompa la cabeza.

ESCENA VI

MOMO, ANTONIO

ANT. ¿Te has movido de aquí?
MOM. No.
(Ap.) Es necesario que mienta,
porque me desollaría
si la verdad le dijera.
ANT. ¿Veniste aquí pronto?
MOM. ¡Vaya!
Aún no alumbraba la tierra
la aurora cuando llegué.
ANT. ¿Viste pasar á Cornelia
y á Cayo que eran llevados
para echarlos á las fieras?
MOM. No ví tal cosa.
ANT. ¿Es posible?
MOM. Ni ví á Cayo, ni á Cornelia.
A no ser que...
ANT. ¿A no ser qué?
MOM. Que por el aire vinieran.
ANT. Momo, no estoy para bromas.
MOM. (Ap.) ¡Uf, qué cara pone!... ¡Alerta!
ANT. Sé que ambos esta mañana
los echarán á las fieras.
¿Y es cierto que no han venido?
MOM. Digo... Venir bien pudieran

sin haberlos visto; pues
tengo un hambre tan tremenda
que me priva de la vista;
y el magín me representa,
por el hambre impresionado,
lo que un hambriento desea,
que son manjares, y es claro,
que si mi cerebro era
todo chorizos, jamones,
requesones y manteca,
y mis ojos sólo ven
lo que el magín les presenta,
puede ser que viendo á Cayo
morcilla me pareciera.

ANT. Momo, habla serio... ¿Han pasado?

MOM. No los ví.

ANT. ¡Cayo, Cornelia!

Aún os veré los dos juntos.

¡Los dos!... ¡los dos á las fieras!

¡Juntos lograrán morir!

¡Ay de mí! ¡Quien tal creyera!

¡Las personas que más quise
burlarme de esta manera!

MOM. Pero, señor, no os pongáis
con esa cara tan fea.

¡Vive Plutón! ¿qué os importa
que los dos juntos se mueran?

¡Que se vayan al infierno!

ANT. ¡Calla, maldito!

MOM. (Ap.) Ya empieza

á enojarse. Sigue, Momo, (Mira hacia fuera),
que aun no han cerrado la puerta.

(Alto). Amo mío, disipad

esa nube de tristeza,

que oscureciendo la cara

la torna de clara en yema.

Yo que andando con vos siempre,

soy siempre la sombra vuestra,

justo es que riendo yo

os sonriáis vos siquiera.

¿No veis al moverse un cuerpo

que su sombra se menea?

Salta él y ella da salticos;

baila él y ella bailotea;
y cuerpo y sombra á la par,
lo que él hace también ella.
¿Y queréis, señor, que estando
alegre la sombra vuestra
estéis vos triste? ¡Por Baco!
¡Esto no será! ¡Ea! ¡ea!
Un baile con vuestra sombra.
¡Arsa! ¡Olé!... ¡Viva la juerga!

(Baila de un modo ridículo, castañeteando con los dedos y ¡aleando á su amo).

¡Maldito, vete!

ANT.

MOM.

Me voy.

(Ap.) ¡Qué bien me salió la treta!

ANT.

MOM.

¡Luego! ¡luego!...

A paso largo.

(Ap.) Ya están mis tripas contentas.

(Marcha bailando).

ESCENA VII

ANTONIO

¡Aún los veré pasar! ¡Ay de mí, triste,
los dos... mis esperanzas más queridas!
¿Por qué desengañaste, cruel Tiberio,
á quien sueño tan plácido dormía?
Si mi amor y amistad fueron un sueño,
si mi felicidad era mentida,
si todo fué una imagen ilusoria,
¿qué importa si verdad me parecía?
¡Cuánto mejor es creerse venturoso,
aunque sea soñada nuestra dicha,
que juzgarse infeliz, mientras nadamos
en océano inmenso de delicias!
Con aquella amistad y aquel amor
ventura ilimitada poseía,
y todo fué un engaño. ¿Por qué vivo,
deshechas ya las ilusiones mías?

Cielo sin nubes era ayer mi alma;
mas, ¡ay! soñada ha sido aquella dicha.
Mi amistad y mi amor fueron un sueño,
y sólo fui feliz mientras dormía.
Que Cornelia no me ame, no me extraña,
pues nunca me mostró que me quería;
pero Cayo, mi amigo... Cayo... él
que con peligro de su propia vida
¡me libró de la muerte!... ¿Pero, es cierta
su traición, ó es que sueño todavía?
Sueño debe ser, que en tal amigo
tal maldad no es posible concebirla.
Pero, ¡ay! si yo lo ví... yo lo toqué...
¡Yo, yo testigo fui de su perfidia!
Y después el hipócrita me niega
lo que con estos ojos yo veía,
y afortunado huyó de mi puñal,
y mi venganza se quedó fallida.
¿Qué me resta en el mundo? ¡Desgraciado!
Si la hermosa esperanza es sólo vida
de nuestro corazón, ¿por qué yo vivo
si han muerto ya las esperanzas mías?

ESCENA VIII

ANTONIO, CAYO, LEVIO, TIBERIO, EMILIO, CRISTIANOS

(Traen á Cayo herido y ensangrentado entre dos ó tres, unos de los pies, otros de las manos. Cayo está envuelto en un manto hecho girones y manchado de sangre).

(Los cristianos entran sin reparar en Antonio).

CAYO. Parad, dejadme tranquilo;
 pues ya se escapa mi vida.
ANT. (Ap.) ¡Cayo, y Tiberio con él!
 ¿Qué es esto?
CAYO. ¡Ay!... ya veía
 abierto el cielo y vosotros...
LEV. Cayo, pronto la agonía
 de la muerte segará

tu existencia... Te creían
todos muerto, y tu cuerpo
exangüe, ya parecía
cadáver, te retiraron
de la arena, y tus reliquias
ansiendo guardar nosotros,
te recogimos. Latía
aún tu corazón, pero ¡ay!
aunque vives todavía
presto morirás.

CAYO. ¡Oh, gracias,
Dios mío!

LEV. Son tus heridas
mortales.

EM. ¿Y sufres mucho?

CAYO. Un poco. Mas padecía
Cristo en la cruz. ¿No creéis
vosotros que es grande dicha
morir por Cristo?... ¡Mas, ¡ay!
que ella sería cumplida
si Antonio...

TIB. Muere tranquilo,
Cayo, que esa es cuenta mía.
Yo le diré que movido
de injusta y rabiosa ira
hacia tí, te calumnié.

ANT. (Ap.) ¿Qué oigo?... ¿Sueño todavía?

TIB. Diré que tú no mentiste,
diré que no fué fingida
la castidad de Cornelia.

CAYO. Y le dirás... que ella habita
ya en el cielo, pues murió
en la cárcel Mamertina.

ANT. (Ap.) ¡Oh!

CAYO. Tiberio, le dirás
que está pobre sangre mía
por él á Cristo la ofrezco,
para que pronto reciba
nuestro bautismo... ¡Ah!... también
le dirás que mis cenizas
visite, y ya que mi muerte
verlo me imposibilita...

ANT. (Se precipita sobre Cayo abrazándolo).

¡Cayo! ¡Cayo!...

CAYO. ¡Antonio!... ¡Amigo!...

ANT. ¡Perdóname!... Y te creía
mi enemigo... ¡Ah, Tiberio!...

¡Infame! (Se arroja furioso sobre Tiberio; pero lo detienen
los cristianos).

TIB. Lo soy.

ANT. ¡La vida
te he de arrancar!

CAYO. (Esforzándose por gritar). ¡Oye, Antonio!

¡Que apresuras mi partida
de este mundo!... (Antonio se reporta).

ANT. Por ti, Cayo...

CAYO. Al alma que arrepentida
está, perdón se le debe.
¡Perdónalo!

ANT. Mas...

CAYO. No sigas.

¡Ah, perdónalo por mí,
que te amé más que á mi vida!
Por ti lo perdono, Cayo.

ANT. ¡Ah, gracias! (Vuelve Antonio al lado de Cayo).

CAYO. Dios te bendiga.

¡Gracias, Dios mío, pues muero
con felicidad cumplida!..

Ven, Antonio... que me muero
escucha... yo te quería
ver cristiano... Las calumnias
que nos levantan creías...

Mira los hermosos frutos
de esa religión divina...

Míralos en esta sangre...

Que por ti... ¡Ah! (Suspira rendido)

ANT. Te fatigas
demasiado, sé que quieres
esa religión divina
que tales frutos produce.

¡No, no puede ser mentira!

A ella me acojo por ti.

CAYO. Ella labrará tu dicha...

Esa dicha que apeteces
y que nunca lograrías...

¡Oh!... escucha... ¡me muero!...

ANT.

¡Oh, Cayo!

Y ese tu Dios ¡ay! me quita
lo que más amo... ¡No mueras!
¿No ves cuán sola y perdida
mi alma quedará sin ti?

CAYO.

Inútilmente porfías;
me voy, mas no quedas solo;
he ahí tu compañía. (Indica á Tiberio, Levio, Emilio).
Los que te amarán por mí,
tus hermanos... La agonía
siento ya... Antonio, no llores.
Escucha... ¿Ves allá arriba? (Indica el cielo).
¡Mira que hermoso es el cielo!
¿Ves? ¡Allá voy!... ¡Mira, mira!...
Cristo me espera... La mano...
Une tu mano á la mía...
Acércate más... Me muero...
Pon tu mano... en mis heridas
y que... esta... mi sangre... ¡Ah! (Muere).
¡Murió!

LEV.

ANT.

TIB.

¡Ay! (Oculta la cabeza entre las manos).—(Pausa)
¡Oh, tú que vivías

sólo para amar, perdona
al que labró tu desdicha;
bendice á un triste que en ti
perdió lo que más quería!

EM.

(Solloza). ¡Adiós! ¡Vete al cielo!... ¡Adiós!

LEV.

Recojamos sus reliquias.

(Van á envolverlo para llevárselo; pero Antonio se lo quita de los brazos y abrazado con el cadáver, se adelanta al proscenio).

ANT.

¡Dadme su cuerpo, que es mío!

Yo guardaré sus cenizas!...

¡Cuerpo muerto de mi amigo,
si es que puede el alma mía
pasar á ti y devolverte
tu vida grande y heroica!

¡Ay!... recibe en tus entrañas
la pobre existencia mía!...

¡Cayo, Cayo!... ¡Ay de mí, triste!

¿No tornarás á la vida?

¡Ay de mí, que entre mis brazos
tus yertos miembros se enfrían!

¡Cayo, Cayo!... ¡Ay! ¡está muerto!

TIB.
LEV.

Consolaos.

Allá arriba

voló su alma, y desde allí
ten por cierto que te mira.

ANT.

Yo guardaré en una urna
estas preciosas reliquias.
¡Has muerto, Cayo de mi alma,
y me has dado mejor vida!

CAE EL TELON

FIN DEL DRAMA

Ad gloriam Mariæ Virginis

